

Blanco paz, verde esperanza

Guillermo Cepero Alcántara - Bachillerato Internacional del IES Padre Manjón (Granada)

Ya se disponía a ponerse la chaqueta cuando su tía, con expresión desesperada, lo detuvo en la puerta impidiéndole salir.

- ¡Pero hijo! ¿A dónde vá tú solo a estâ horâ? De verdâ, no te me pongâ así, hecho una fiera corrupta. Vente con nosotrâ a...

- ¡No! tú no eres mi madre, no quiero... ¡Me voy de aquí! -contestó Ibai con voz temblorosa-

Ocultando sus ojos vidriosos y con paso acelerado, Ibai se alejó de la casa de sus tías por el Albaicín hacia alguna parte, daba igual, cualquier sitio era mejor si se podía estar solo un rato. Esa noche de 4 diciembre hacía un mes que Ibai había tenido que mudarse con sus tías, Angustias y Adela, a la capital granadina desde Portugaleta por el accidente. Era una noche de fiesta en Granada en la que los amigos iban de tapeo por el centro mientras otros, como las tías de Ibai, acudían a los teatros flamencos y espectáculos con alegría. A Ibai, sin embargo, todo esto del flamenco le parecía una tontería sin sentido y de mal gusto. No entendía el significado de lo que se cantaba en aquellos teatros, tampoco le interesaban. Él solo quería volver a pisar Bilbao y ver a los compañeros que dejó allí.

Escuchar aquellas risas de fondo mientras subía la cuesta le hacían cada vez más difícil resistir las ganas de llorar. Tras media hora subiendo, llegó al Carmen de los Mártires, que estaba cerrado durante la noche. Viendo que no podía subir más y con una mezcla de rabia y tristeza en el cuerpo, escaló el muro que le impedía la entrada y llegó hasta un banquito de piedra desde donde se podían ver la Alhambra, la catedral y toda Granada. Ibai miró por unos segundos aquella ciudad en la que jamás habría imaginado vivir. Al ver la sequedad de aquella tierra y la fortaleza nazarí, recordó los prados verdes y el paisaje industrial de Bilbao como algo que había perdido, que ya no le pertenecía. Como el sultán Boabdil, Ibai lloró perder su tierra.

- ¿Qué es lo que te pasa, chico? -preguntó una voz a su derecha con acento malagueño-

Ibai se giró súbitamente buscando la fuente de aquella voz masculina que, seguramente, lo castigaría por haberse colado en el Carmen. El hombre con quien se encontró su mirada le mostraba una expresión seria pero cordial. Vestía a la antigua con un abrigo marrón desabrochado, camisa negra y unas gafas pequeñas y redondas. A juzgar por eso y su cabello repeinado, negro azabache con algunas canas, no aparentaba mucho más de 50 años.

- Nada... perdone, es que me he perdido -respondió Ibai sin dejar de mirar al suelo-

- No te preocupes, hijo, si yo tampoco debería estar aquí -dijo el hombre tras una alegre carcajada- Cuéntame por qué estás triste.

Después de aquella respuesta Ibai dudaba de fiarse de aquel hombre, pero sentía la necesidad de contar lo que le sucedía. Su sonrisa afable lo terminó por convencer.

- No entiendo nada de aquí ni de la gente. La tierra está seca, no hay hierba y en verano dicen que hace un calor tremendo. Mientras, a la gente le encanta salir e ir de fiesta todas las semanas... y eso del flamenco y el arte andaluz tampoco, no entiendo nada, no puedo, lo odio.

Se hizo un silencio que duró varios segundos en los que Ibai trató de disimular, sin mucho éxito, sus ganas de llorar.

- ¿Sabes por qué crecen flores en el desierto de Almería?

- No -respondió Ibai tras una pausa- no lo sé.

- Porque las flores en Almería ven una oportunidad de crear belleza en un suelo que parece infértil. -dijo el hombre mirando a la Alhambra- Saben que incluso en una situación de pobreza y dificultad pueden florecer, y sacan la fuerza para ello. De hecho, ese es en cierto modo el espíritu andaluz. Tú no eres de aquí ¿verdad? ¿Has visto la bandera andaluza?

- Verde ¿No?

- Blanca y verde, los colores son fundamentales, dicen mucho sobre cómo vemos las cosas.

- ¿A dónde quiere llegar? -preguntó Ibai, ahora intrigado-

- Verde esperanza. Ese verde esperanza que siempre está presente en las hojas de los olivos, en la promesa de sus aceitunas por la que los andaluces perseveran, no se rinden. Lo hacen porque, como las flores de Almería, ven oportunidad donde otros ven tierra seca e infértil. Es el verde de la vida que hemos aprendido tanto a valorar, a amar y a ver en ella, incluso en el dolor, su belleza. Por eso el espíritu andaluz es tan alegre y artístico pese a su historia tan convulsa. Por eso la esperanza es verde, como la verde vegetación que hacemos crecer los andaluces pese a la sequía, verde como la vida. Verde que te quiero verde, verde viento, verdes ramas.

- ¿Y qué pasa con la historia aquí? -preguntó Ibai, ahora algo escéptico- Lo he dado en clase. Los musulmanes, la Alhambra esta, luego con los cristianos como el resto de España. Lo de Lorca, que no lo entiendo, y no sé quién más de literatura que no me acuerdo, pero poco más así famoso ¿Qué tiene más Andalucía?

- Que conozca y aprecie todo el mundo, no mucho. De lo invisible a la ojeada, lo tiene todo.

Se hizo el silencio. Ibai volvió a mirar al suelo sin saber muy bien qué decir. Aquello último que le había dicho el hombre le parecía tan extraño como los espectáculos de flamenco a los que acudían sus tías con regularidad o los versos de Lorca que estaba cansado de ver en clase. Empezó a pensar en aquello que le había dicho el hombre sobre la esperanza, era algo que, para su sorpresa,

había logrado enternecerlo y consolarlo un poco. Pero no, de todas formas la mayor parte de las cosas de aquella cultura le resultaban aún tan esotéricas y lejanas como las carpas de adivinación que aparecían de vez en cuando en las ferias de los pueblos cercanos a Bilbao. Cómo echaba de menos los días de feria.

- ¿Has oído hablar del duende? -preguntó el hombre sacando a Ibai de su ensimismamiento-

- No, no sé... ¿Un duende?

- Sí, así llamamos los andaluces a esa capacidad de capturar la belleza oculta en muchas cosas. Lorca mismo, que antes has mencionado, tenía ese duende. Él veía la belleza, invisible para muchas otras personas. Tomaba el dolor cotidiano y lo transformaba en una luna, en una luz que alumbra la oscuridad de la noche. Nos muestra que hasta en el dolor más insospechado, hasta en la mayor sequedad, siempre resta algo de verde si se sabe dónde buscar. Y así Lorca y Góngora y Bécquer y Lola Flores y Falla y la niña de los peines y otras lunas en la noche de la vida. Son como el Hércules que abre la Tierra y da lugar al mare nostrum, llenos de fuerza que crea vida como el mar que da los peces, como el verde que dispensan.

- Verdes como la esperanza...

- Exacto.

- ¿Y el blanco? ¿El blanco en la bandera qué es?

- ¿El blanco? El blanco lo pusimos por la paz, por el diálogo, por la pureza.

- ¿Qué tiene que ver eso con nada de Andalucía?

- Todo -contestó el hombre con aplomo- ¿Qué esperanza quedaría si quisiéramos arrasar todo con la guerra? ¿Si no esperásemos pureza del futuro para que nos siga mostrando esa belleza invisible a los simples ojos? Ninguna, chico, ninguna. Es como el Hércules del escudo de nuestra bandera, puede que tenga un pasado convulso, pero siempre busca esa paz y esa pureza con sus trabajos, doblegando a las fieras. Eso es también fruto de tener el duende, ver la pureza, la paz, la esperanza y la belleza, llenarlo todo de ella; alcanzar todo dando Andalucía por sí, para España y la Humanidad.

- Blanco y verde

- Sí, y lo que hay detrás. Los colores son fundamentales

De nuevo, se hizo el silencio. Ibai estaba abstraído, pensando en todo lo que le había dicho aquel hombre que acababa de conocer. Levantó la mirada del suelo y volvió a mirar a la Alhambra. Esta vez ya no le pareció carente de sentido. Pensó en Lorca y en los autores andaluces que había visto en clase. Pensó en cómo aquellas personas, aquellos poetas y artistas, habían pasado por el mismo lugar durante siglos en épocas distintas y habían creado tantas formas de arte, no dejando de tener esperanza pese a todas las guerras, todos los conflictos, todos los dolores que ellos mismos plasmaron en sus obras, creando así la cultura andaluza. Era la primera vez que veía Granada de esa

manera, con un tono verde esperanza. Ibai se alegró mucho de ver que, como el resto de andaluces, él también podía ahora contemplar la belleza andaluza, su blanco y verde.

- Ahora lo entiendo. Perdona ¿Cómo se llama usted? -preguntó Ibai con un tono más alegre-

Pero cuando se giró no quedaba nadie ahí. Había estado varios minutos ensimismado pensando en lo que le había dicho aquel hombre. Probablemente se había ido al ver que Ibai se encontraba mejor.

- Bueno, no importa -pensó Ibai para sus adentros-

Recordó entonces la discusión que había tenido con sus tías aquella tarde noche. Sus tías hacían lo mejor posible para cuidar de Ibai y él lo había desagradecido. Tenía que volver.

Rápidamente, Ibai volvió a saltar la valla del Carmen para echar a correr hacia su casa en el Albaicín. Tal vez sus tías aún no habían terminado de arreglarse para ir al espectáculo. Después de correr por todo el laberinto de callejuelas buscando algún rincón conocido, Ibai encontró a sus tías saliendo de casa. Angustias fue corriendo a abrazarlo con una expresión de alivio, pero Adela se quedó de brazos cruzados mirándolo desde la puerta.

- ¡Ay, mi niño! -exclamó Angustias mientras cogía a Ibai para darle un abrazo- No me vuelvâ a dâh ese susto, de verdâ, que nosotrâ te quemô mucho.

- Lo siento mucho, tita Angustias, de verdad. No lo volveré a hacer más.

- Mâh te vale, chiquillo, un día de êttô matâ a tu tía de un sûtto -dijo Adela con tono ácido-

- Calla, calla. Eso no lo digâ tú ni en broma mujer -respondió Angustias- Anda, vente con nosotrâ al teatro, que nô hace ilusión que veâ al cantaôh flamenco este, amigo nuestro.

- Gracias titas.

Después de la típica riña tía Adela que, como de costumbre, terminaba discutiendo con Angustias por exagerada, llegaron los tres al paseo de los tristes. Conforme iban avanzando en la cola para entrar al local donde sería el espectáculo, Ibai logró ver el póster donde se anunciaba el espectáculo en honor a un tal Blas Infante. No daba crédito a sus ojos cuando vio que en el propio poster estaba el hombre a quien acababa de conocer en el Carmen de los Mártires.

- Tía Adela ¿Ese es el cantaor? -preguntó Ibai señalando a la fotografía-

- Qué va a sêh ese er cantaôh -respondió Adela entre carcajadas- Ese êh er Blâ Infante, ese se murió ya hace mâh año que la tôh. Er cantaôh se llama Lui'. Miralo, si êttâ ahí er condenao. ¡Lui! No me oye.

Los ojos de Ibai quedaron abiertos como platos. No podía ser posible, seguramente hubiera sido una coincidencia o se estuviera confundiendo, con lo oscuro que estaba el Carmen era algo perfectamente posible. No le dio más importancia. Antes de entrar al espectáculo con sus tías, alzó la vista y su mirada se encontró con la torre de la Vela. Encima, la bandera blanca y verde. Ibai sonrió al acordarse de lo que le dijo el hombre del Carmen. Andalucía ya no le parecía tan mal sitio para vivir. Tal vez, había llegado el momento de mirar las cosas con otra perspectiva. Con una mirada de un color más optimista, más alegre, más puro. Una mirada de un color blanco de paz, de un verde de esperanza.

-